

LA PASIÓN DE JESÚS EN ALEJANDRINA MARÍA DA COSTA

Una mística de nuestro tiempo

**Escritos de Alejandrina
compilados por Humberto M. Pasquale S.D.B.**

*Al lector
con el voto de que,
leyendo y meditando,
suba tan alto
que Jesús le pueda decir:
«Yo vivo con todo el amor,
por que con todo el amor soy amado por ti.
Me amas cuando lloras,
Me amas cuando sonries;
Me amas en el dolor
y en la alegría;
Me amas en silencio
o hablando:
Me amas en todo»*

(Diario de Alejandrina, 21.03.1947)

El tribunal eclesiástico de la arquidiócesis de Braga inició el proceso ordinario sobre las virtudes y la fama de santidad de la Sierva de Dios Alejandrina María da Costa el 14 de enero de 1967. Después de haber sido interrogados 48 testigos y recogido los escritos de la Sierva de Dios, el proceso fue terminado con éxito el 10 de abril de 1973. En mayo siguiente, toda la documentación fue remitida a la Santa Congregación para la Causa de los Santos. En diciembre de 1975, los dos teólogos encargados de examinar los escritos de la Sierva de Dios, emitieron un parecer positivo, confirmado el 2 de junio de 1979, por la referida Santa Congregación.

PRESENTACIÓN

La vocación del cristiano está en participar en la Pasión de Cristo.

La invitación que Jesús le dirige al hombre para que se convierta en su discípulo implica la participación y la conformación con su Pasión (Mt. 10,16), con el fin de establecer una relación de semejanza entre el Maestro y el discípulo (Mt. 10, 24).

La inserción en Él, como sarmientos en la vid (Jn.15,4), así como la necesidad de permanecer en su amor, significan que se debe observar su palabra, tal como para él, permanecer en la palabra del Padre, quiere decir realizar esa misma palabra, esto es, la voluntad divina que le impone ofrecer su propia vida por su rebaño (Jo. 10, 17).

Según las enseñanzas de Cristo, es un verdadero discípulo, aquel que revive en sí el misterio de la muerte de Jesús, aquel que recibe a Cristo en sí mismo para revivir su Pasión.

Fue así que el apóstol Pablo comprendió y vivió el misterio de Cristo. El Evangelio está condensado en: «Nosotros rezamos a Cristo crucificado». (1 Cor. 1, 23).

La vida de S. Pablo es toda ella una reproducción viva de la existencia terrena de Cristo.

«Dios me libre de gloriarme, a no ser en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo». (Gal. 6, 14). «Tracemos siempre en nuestro cuerpo los pasos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor. 4, 10).

El mismo apóstol se siente clavado en la cruz: «¡Estoy crucificado con Cristo! no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe de hijo de Dios, que me amó y Se entregó a Sí mismo por mí» (Gal. 2, 19).

En su ansia de perfección, San Pablo sólo desea conocer la fuerza de la Pasión del Señor, como también de su Resurrección, y permanecer configurado con su Muerte (Fil. 3, 8-11).

«Por el Bautismo nos sepultamos junto con Él, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos, mediante la gloria del Padre, así caminemos nosotros también en una vida nueva» (Rom. 6, 4), esto es: «Tornámonos con Él en un mismo ser por una muerte semejante a la Suya» (Rom. 6, 5).

Por lo tanto, en la vida cristiana, cuando alcanza todo el vigor de su floración, se manifestará forzosamente esta asimilación con la Pasión de Cristo, con la misma evidencia con que se manifiesta la vida de la gracia, o sea, la presencia de Cristo en el alma.

Por eso, si esa plenitud es portadora de experiencias en razón de una cierta conaturalidad, también Cristo crucificado será la más grande realidad de la experiencia cristiana.

El mismo Jesús habló de la presencia de Su Espíritu, cuando los discípulos fueron llamados a dar testimonio por la pasión y por la muerte (Mt. 10, 20).

La palabra de Jesús es confirmada por toda la tradición cristiana.

San Ignacio de Antioquia escribe: «Por la cruz, en Su Pasión, Cristo convida a todos vosotros, Sus miembros. La cabeza no puede vivir separada de sus miembros» (Trall. 11, 2).

La hagiografía cristiana es rica en testimonios de la presencia de Cristo en la vida de los fieles, sobre todo como triunfador de los sufrimiento y de la muerte.

En la larga lista de los místicos cristianos no son pocos los que revivieron de forma eminentemente realística el drama de la Pasión de Cristo en su espíritu. Y es gracias a su experiencia de la presencia de Dios y de Su acción en las almas místicas, que la teología conoce las relaciones íntimas entre las Personas Divinas de la Trinidad y Su acción en las almas.

La Pasión en Alejandrina

El fenómeno de la Pasión de Jesús en Alejandrina se verificó durante 17 años: de 1938 a 1955, año de su muerte.

En este largo período de tiempo es necesario distinguir *dos fases*, durante las cuales el fenómeno se manifestó con características diferentes. Clasificaremos respectivamente de “participación física” y “participación interior” a estas dos formas o maneras de como se manifiesta el fenómeno, y para facilitar la denominación; subrayamos, que la Pasión es substancialmente única, pues comprende, al mismo

tiempo, sufrimientos del cuerpo y del alma, físicos, morales y espirituales, que son inseparables.

1.ª Participación física.

Desde el 3 de octubre de 1938 hasta el 27 de marzo de 1942, el fenómeno se daba en días y horas fijas: de las 12 a las 15 horas de cada viernes. Alejandrina revivía en éxtasis las diversas fases de la Pasión, desde la agonía en el Huerto hasta la muerte.

Sus sentimientos y sus reacciones a los dolores se exteriorizaban a través de actitudes, gestos, expresiones del rostro y de todo el cuerpo, fácilmente interpretables por quienes podían asistir al fenómeno.

Su primer director espiritual, P. Mariano Pinho, S. J., dejó escrito a ese respecto:

«Nosotros presenciábamos al vivo el desarrollo del drama de la Pasión, aún que no son visibles los estigmas, porque Alejandrina le pidió al Señor que no apareciese nada exteriormente. La Pasión fue violentísima y las personas presentes lloraban y sollozaban ante el espectáculo visible de sufrimiento» (Cfr. *Cristo Gesù in Alexandrina*, pág. 730).

Mons. Mendes do Carmo, profesor de mística en el Seminário da Guarda, afirmó: «¡Es un ángel crucificado!».

La profesora de primaria de Balasar, D. Maria da Conceição (Sãozinha), y otros testimoniaron: «Nos sentíamos transportados en espíritu a los diferentes sitios de la Pasión de Jesús. Ninguno conseguía acompañarla en aquellas escenas sin comoverse».

La hermana de Alejandrina, Deolinda, en una carta dirigida al P. Pinho, se refiere de esta forma al fenómeno de la Pasión del 7-4-1939:

“¡Ay, Padre mío, lo que fue el día de Viernes Santo! ¡Es exacto Viernes de Pasión! Antes de principiar, ¡oh, como se veía en ella una cara de aflicción! ¡Ella temía pasar este día! Y me decía: ¡Ay, si hubiera sabido como pasaba este día!...

“Yo la consolaba todo lo que podía y la acariciaba, a pesar de que yo también estaba llena de miedo y muy afligida.

“Durante la Pasión, yo no podía pasarme sin llorar y vi correr lágrimas por la cara en casi todos los asistentes. ¡Que espectáculo tan conmovedor!

“La agonía del Huerto fue larga y aflictiva... se oían gemidos profundo y a veces se oía sollozar.

“Pero la flagelación y la coronación de espinas, ¡eso sí que fue! Los azotes fueron tomados de rodillas, con las manos (como qué) atadas. Le puse una almohada debajo de las rodillas, y ella la retiró, no la quiso. Tiene las rodillas laceradas, los azotes eran demasiados. Llevaron mucho tiempo y ella desfallecía. Los golpes en la cabeza (con la caña en la corona de espinas) fueron también innumerables.

“Vomitó por dos veces durante la Pasión: era agua, porque no tenía nada más para vomitar.

“El sudor era tanto, que los cabellos estaban empastados y, al pasar la mano por encima de toda la ropa, quedaba mojada.

“Cuando acabó la coronación de espinas, ella parecía un perfecto cadáver.

“El Sr. Canónigo Borlido asistió con dos personas. También vino el Dr. Almiro de Vasconcelos (de Penafiel) con su esposa y su hermana, D. Judite».

A propósito del peso de la cruz que oprimía los hombros de Alejandrina durante la fase de la subida al Calvario, referimos el siguiente episodio. En el recorrido de la Pasión del día 29-8-1941, el médico asistente de Alejandrina, Dr. Manuel Dias de Azevedo, invitó a dos sacerdotes presentes a levantar del piso a la vidente que yacía postrada bajo el peso de la cruz (mística). Así lo hizo el más robusto; la cogió bajo los brazos, pero sus esfuerzos fueron en vano. Y confesó: «¡A pesar de toda mi fuerza, no lo consigo!».

¡En esos momentos, Alejandrina pesaba cerca de 40 kilos!

En la fase siguiente, cuando el Cireneo cargó con la cruz, el Dr. Azevedo invitó al mismo sacerdote a levantar a Alejandrina, lo que hizo sin el menor esfuerzo. La explicación es evidente: antes, los pesos eran dos; la segunda vez, se trataba solamente del peso de la vidente.

En otra ocasión, durante el fenómeno en estado de éxtasis, el P. Pinho le pidió que dijese cuanto pesaba la cruz. Alejandrina respondió, en actitud muy seria: «mi cruz tiene un peso mundial».

2.ª Participación interior

En la 2.ª fase, desde el 3 de abril de 1942 hasta su muerte, Alejandrina revivía la Pasión fuera de sus éxtasis y nunca más en días fijos. Sufría dentro de sí misma, sin que nada se transparentara exteriormente, antes bien, ocultaba muchas veces con una dulce sonrisa, el drama profundo que se desarrollaba.

El 19 de junio de 1946, ella le decía a su segundo director espiritual: «Anteriormente estos sentimientos y sufrimientos los padecía especialmente durante las tres horas del viernes, de las doce a las quince horas, los dolores de la Pasión se sucedían por orden; ahora, no. El pavor por estos dolores dura casi siempre: martes, miércoles, jueves o viernes: en horas distintas, sufro ahora, este, ahora aquel tormento de la Pasión».

Jesús, durante la Pasión, sufrió los tormentos que le inflingieron los hombres y juntamente los que Él mismo se inflingió, en la medida en que se apropió voluntariamente de los pecados del mundo (1 Pt. 2, 24; Is. 53, 4).

Se entregó a la justicia divina, quedó totalmente solo, no solamente para sufrir su agonía, también hacerla conocer y lo mismo se dio con Alejandrina.

El P. Corne, define a Jesús como el «pecador universal, el pecador de todos los tiempos y de todos los lugares, sobre quien Dios descarga todo el rigor de Su justicia».

Y el P. Monsabré, «el encuentro de todos los ultrajes y de todas las llagas».

Mons. Gay, por su lado, escribe: «Jesús, bendición viviente e infinita, habiéndose hecho pecador por todos, debía ser maldecido en beneficio de todos».

La muerte física es así la consecuencia de aquella muerte espiritual que es la separación del hombre de Dios.

Según Cullmann, sería esta muerte — absoluta enemiga de Dios — la causa de la angustia que Jesús sufrió en el Huerto de los Olivos, fue por la crucifixión y las circunstancias que la acompañaron... No, Él no puede vencer a la muerte sino muriendo de verdad, sujetándose al propio dominio de la muerte, la grande destructora de la vida, de la unión con Dios.

Granfield comenta el grito de Jesús crucificado: « ¿Dios mío, Dios mío, porqué me abandonaste?», en los siguientes términos: “El peso del pecado del mundo, la identificación completa de Jesús con los pecadores, implican un abandono no sólo sentido, sino real, por parte del Padre. En este grito de abandono se revela el total horror por el pecado del hombre».

Sólo el amor puede llevarlo a desempeñar semejante misión.

El Cristo sufridor no es apenas una fulgurante manifestación de la misericordia divina, es también una revelación no menos fulgurante de la malicia del pecado y de la espantosa catástrofe en que se precipitan los pecadores, precisamente porque se apartan de Aquel sin el cual nada son y que es el nacimiento único de toda la vida y la felicidad.

Todas estas verdades no vienen anunciadas explícitamente en el Evangelio, pero nos son presentadas por maestros en las ciencias teológicas, por almas místicas cristianas y, como experiencia vivida, están en las páginas del diario de Alejandrina, la mística, casi analfabeta según la cultura humana.

Esto le decía Jesús: «La crucifixión que tu tienes es de las más dolorosas que registra la historia». Al meditarla, se logra profundizar nuestro conocimiento sobre el amor de Cristo sufridor y redentor.

Y darnos cuenta también de la acción desarrollada en la Redención por la Madre de Jesús y Madre nuestra, como también por el valor salvífico del sufrimiento de todas o de cualquier alma que sepa aceptar todo con amor, unida a Jesús.

3.º Los efectos de la experiencia de los místicos

Una garantía segura del auténtico carisma místico la tenemos en el dinamismo eclesial y apostólico, en perfecta sintonía con el magisterio de la Iglesia. La obediencia perfecta y heroica a la autoridad eclesiástica, practicada por Alejandrina, fue reconocida oficialmente por el Tribunal diocesano que se ocupó del proceso sobre sus virtudes excepcionales y en primera instancia, aprobó sus escritos.

Todos los escritos de Alejandrina ya fueron validados también por el voto positivo de los peritos del dogma moral y místico de las Congregaciones romanas. Esto nos invita a reflexionar sobre los principales efectos que derivan de la experiencia mística de la Sierva de Dios.

Un conocimiento que encontramos fuera de lo común y de no fácil interpretación acerca de los hechos, sentimientos y circunstancias de la Pasión de Cristo, que no aparecen en los Evangelios o apenas son abordados. Un conocimiento particularmente profundo e intenso de los sufrimientos íntimos y espirituales del Salvador, además de sus sufrimientos físicos. Una verdadera contribución a la comprensión de la psicología de Jesús.

La revelación del amor inefable, misterioso y casi “absurdo” de Cristo por el hombre. Amor que, en la Pasión y Muerte de Jesús, se encuentra en su más alta expresión. «Nadie tiene mayor amor del de aquel que da su vida por sus amigos» (Jo. 15, 13).

Obviamente, este es el aspecto más impresionante, porque el alma es conducida para el abismo de aquella caridad de Cristo que, tal como San Pablo, Alejandrina siente aquí, de forma experimental «como superior a cualquier conocimiento humano» (Ef. 3, 19).

En esta experiencia de la única oblación redentora de Cristo, realizada de una vez y para siempre (Ef. 10, 10), el alma mística siente más que nunca que la Pasión «es la obra mayor y más maravillosa del amor divino y que, al mismo tiempo, es un mar de amor y de sufrimiento»

San Juan de la Cruz, al hablar de las grandes comunicaciones que el Señor le hace al alma en los más altos grados de la experiencia mística, afirma que «le comunica especialmente los dulces misterios de Su Encarnación y las formas y caminos de la redención humana»; en otro momento, dice que “el alma se reviste y se transforma con los mismos esplendores del Verbo encarnado y participa de las alegrías más puras del espíritu, aun cuando este itinerario espiritual esté acompañado nada más por el *padecer*».

Motivaciones y origen de este trabajo

«El mundo no comprende lo que Jesús sufrió» (Diario, 25-10-45).

«Quisiera pintar en mi alma como en un cuadro todos los sufrimientos que Jesús sintió y poderlos grabar en todos los corazones para que sientan y comprendan lo que Jesús sufrió, y así dejen de pecar, de ofenderlo, y sólo lo amen, para que solamente el amor divino sea el fuego que alimente los corazones de todas la humanidad» (Diario, 18-10-45).

Este deseo ardiente de Alejandrina se apodera también de nosotros y sentimos la urgente necesidad de satisfacerlo. Particularmente cercano a Alejandrina (en mi calidad de director espiritual), siento también el deber de dar a conocer los tesoros con que el Señor la enriqueció, para bien de las almas.

En mi documento «Cristo Jesús en Alejandrina», incluyo la descripción de muchos momentos de la Pasión, pero de forma tan fragmentada y desarticulada entre sus pasos por lo que me he propuesto elaborar una biografía sumaria, ya que estos no reproducen al completo el cuadro deseado por Alejandrina. Penetrando en profundidad en la abundante mina de material precioso en mi poder, recojo los pasos más significativos y los ordeno en un todo, del modo más orgánico que me fue posible.

A pesar de esto, el cuadro elaborado no consigue ciertamente ofrecer una visión completa por dos motivos:

1.º — La experiencia enseña cuan difícil es explicar con palabras las emociones del alma, sobre todo cuando el lenguaje humano debe traducir realidades y operaciones divinas.

Muchas veces Alejandrina manifiesta su sufrimiento al tener que dictar, por obediencia, lo que pasa en su alma. Con frecuencia aparecen en su Diario palabras como estas: «Si mi ignorancia supiera explicar...»; «Supe sentir, pero no sé decir...».

2.º — Debido a la gran abundancia de material. Alexandrina revivió la Pasión de Cristo, en una segunda forma (desde el 3 de abril de 1942, hasta su muerte), sufriendo semanalmente ahora en un aspecto, ahora en otro, el martirio de Jesús.

Escojemos los pasajes más significativos para ofrecer al lector un cuadro sintético.

Confesamos que nos abocamos a este nada fácil trabajo, a pesar de las inevitables fallas, porque nos pesaba que tan preciosas perlas quedasen escondidas.

¡Que ellas sean bien aprovechadas! Y que despierten en todas las almas un semillero de bien.

Con esos auspicios dedicamos nuestro trabajo al lector, con un íntimo y caluroso voto de que, conociendo más, pueda conseguir amar mejor; y amando mejor, consiga conocer cada vez más profundamente a Cristo Jesús, para dejarlo vivir y crecer en sí mismo lo más posible.

Su estructura

El trabajo fue subdividido en siete «momentos»; cada uno de ellos consta de varios cuadros, coordinados entre sí cronológica y psicológicamente; cada cuadro es bastante completo en sí mismo y suficientemente separado de los demás de forma de poder constituir un asunto independiente de meditación. El contenido de cada cuadro está enunciado en su respectivo subtítulo.

Cada cuadro se compone de diversos fragmentos; al lado de cada uno de ellos está un número, que aparece al final del libro juntamente con la fecha correspondiente al día en que fue dictado.

Entre muchos fragmentos semejantes escogí sólo uno: aquel que me pareció más expresivo y también más apropiado al contexto y lo inserté al lado de los demás, de manera de constituir un grande mosaico. Procuré evitar repeticiones, y de esta forma, cada fragmento es reportado una sola vez.

En contrapartida, el lector se encontrará con repeticiones substanciales de conceptos, de sentimientos, de padecimientos, bajo formas siempre diversas y cambiantes; esta «repetición» se dio en la realidad; por ejemplo, algunos tormentos ya son sentidos con anticipación el jueves, y después también durante la agonía en el Huerto y por fin son vividos en la culminación del Calvario. Aparece también con frecuencia la dolorosa amargura provocada al ver que muchos, demasiados, no se benefician del Sacrificio. Regresa, insistente, en un crescendo continuo, con motivo de entrelazar su dolor con el amor, su complementareidad es el triunfo del amor, cueste lo que cueste.

Son los temas fundamentales, esenciales del Cristianismo, nunca repetidos hasta la saciedad: ponen en evidencia una introspección singular del doloroso Calvario sufrido por Cristo y revivido por Alejandrina.

Es verdad que la conexión de los «fragmentos del mosaico» no siempre es perfecta, pero opté por este inconveniente, a darle preferencia a introducir frases que no pertenecen al texto de Alejandrina.

Agradezco a algunos amigos muy queridos la colaboración que prestaran.

Leumann (Turín), 2 de febrero de 1977.

Fiesta de la Presentación del Señor.

Padre Humberto María Pasquale, Salesiano

.....TODA LA VIDA DE CRISTO FUE CRUZ Y MARTIRIO

1. ¡Ay, cuanto le costó a Jesús Su vida en la Tierra!

2. No fue el Huerto y el Calvario sufrimiento de unas horas, sino de toda la vida de Jesús.

3. Él crecía en edad y sabiduría, y en Él y con Él crecía la cruz; Él no se separó de ella ni por un momento. En ella crecía, en ella sufría, siempre con sonrisa y bondad, con Su mirada encantadora y atrayente. Así lo vi y lo sentí dentro de mí, al sufrir en mí y conmigo.

4. *Fue un ser humano que sufrió, una vida divina que venció.*

.....«Padre, llegó la hora»

«Fue contado entre los malhechores»

(Lc. 22, 36)

5. Hoy (jueves) muy de mañana, era tal el dolor que sentía dentro de mí, era tal la repugnancia y la vergüenza que me causaba ver como todo el pueblo se preparaba a la espera de nuevos acontecimientos! Me parecía ver grupos, aquí y allá, haciendo comentarios. ¡Dios mío, me espera el viernes! ¡Qué miedo! Mis ojos parecen penetrar en lo más íntimo de toda la multitud que ocupa las calles. Mi alma siente todo. Al lado de una montaña, cerca de la entrada a una ciudad, está la higuera maldecida de Jesús. Más abajo, alguien trae en la cabeza un botijo de agua. Hay encuentros, hablan...

6. Los ojos, pero no los del cuerpo, sólo los del alma, son los que ven todo esto: movimiento de personas que caminan presurosas, para uno y otro lado, a prepararme la traición, el lazo para que me prendan.

7. ¡Ay, cómo es que yo veo la traición que me preparan, que preparan a Cristo que está en mí!

8. Viene sobre mí el peso de todas las humillaciones; nada hay de malo que contra mí no digan.

9. A lo lejos, muy a lo lejos, hay comentarios; mi nombre es mencionado, enlodado, envuelto en lodo como hoja que allí se pudre. Estoy avergonzada, mi alma siente todo y se deshace en dolor.

10. Todo esto que yo siento y veo, pasó por ti, Jesús mío. ¡Son tus sufrimientos, los que tanto sufristes por mi amor!

«Me voy, pero me quedo con ustedes»

11. Se clavaron en mi alma Jesús y sus apóstoles. Jesús veía que se aproximaba a su muerte y, casi sin poder con aquella separación, decía:

«Es llegada mi hora: voy a morir, me voy, pero me quedo con ustedes»

Y el Corazón divino de Jesús ardía en amor.

Pasaban las horas: el horror de los sufrimientos aumentaba y el amor también crecía.

Yo sentía como si mi pecho fuese un horno, el corazón una caldera siempre lista a hervir sobre ese horno: cuanto más hervía, más quedaba fuera: cuanto más transbordaba, más se llenaba.

Jesús miraba a la Madrecita, volteaba a mirar a los apóstoles y, con un dolor muy profundo, murmuraba:

«Tengo que dejaros; no puedo separarme de ustedes; me voy, pero me quedo: me ata a ustedes mi amor»

Y los lazos del amor de Jesús se envuelven más y más en el Corazón santísimo de la Madrecita y en el corazón de los apóstoles.

«Tengo que darle el Cielo al mundo»

12. Corre hacia mí la muerte, la sepultura está lista.

13. Mi alma llora en silencio, esconde sus gemidos; observa las negras tinieblas de la muerte, ve como todos se preparan para prenderme y a toda costa me quieren quitar la vida.

¡Oh Huerto, oh Calvario, oh muerte, oh horror, oh pavor! ¡Qué roca mundial me escondió el Cielo!

14. Mi corazón aterrorizado llora lágrimas de dolor y de sangre. Siente las cuerdas que mañana le van a atar su cuerpo. Se sienten en Él las bofetadas y los escupitazos que le han de caer en el rostro. Se anticipa a sus sufrimientos: ya hoy siento todo.

15. Veo la gran corona de espinas en forma de capacete que ha de coronar mi cabeza. Me siento desfallecer al ver la agonía del Huerto y la muerte.

16. Mi alma suspira y agoniza. Triste jueves; ¡oh! ¡Lo que me espera! Siento y veo mi sangre, que en breve correrá de mi cuerpo. ¡Veo la cruz!

17. Soy escandalo en medio de la multitud. El alma llora; el cuerpo se estremece.

18. Mi espíritu está en el Señor, en Él están mis miradas. Y en silencio voy exclamando:

« ¡Dios mío, Dios mío, Padre mío, Padre mío!

19. Fijo mis ojos en el Cielo:

«¡Venga lo que tiene que venir! Tengo que darle al mundo el Cielo; tengo que comprarlo con la moneda de mi sufrimiento»

«Mi alma tiene una tristeza de muerte»

(Mt. 26, 38)

20. Durante la tarde sentía que pasaba por las calles. Seguía mi camino y por todos los que me veían era escarnecida y apuntada como reo de todas las culpas y la mayor criminal.

21. Vi la tierra del Huerto, el lugar que había de ser regado con mi sangre. En un impulso de amor, quería besar y abrazar esa tierra.

22. Por más de una vez vino a mi corazón, la montaña del Calvario, grande como el cielo. Mi alma veía junto a la cruz a la Madrecita lacrimosa, en grande agonía, acompañada de algunas almas queridas. Vi a Magdalena empapada em lágrimas.

23. Mi corazón decía y repetía:

«Mi alma está triste hasta la muerte»

24. Cuidaba de todas las cosas y mi pensamiento estaba siempre en el Huerto. Caminaba para todas partes y el corazón vivía allá siempre. No valía la pena hablar tan pronto de aquellos sufrimientos: no era comprendida.

Dos mares inmensos: uno de dolor, otro de amor

25. El dolor, el pavor, abrumaban mi corazón, lo destruían; el amor nuevamente lo formaba. Y así repetidas veces.

26. Mi corazón volaba hacia el Huerto, a beber en la fuente de todo el dolor; llevaba consigo otra fuente aún superior, era el amor. Y me obligaba a beber otra y otra vez.

27. Sentí dentro de mí dos mares inmensos: uno de dolor, otro de amor. El mar del amor estaba sobre el suelo del Huerto y dentro de él se despejaba, sin agotarse, un mar de dolor. El mar del amor todo lo absorbía.

28. Un fuego devorador quemó todo mi interior, tocando mis labios, que estaban secos y perfumados: este fuego era de amor, de entrega total, era de vida.

29. El amor vibraba, el amor subía, vencía, encubría al dolor. ¡Qué corazón yo tenía, grande, grande como Dios! ¡Oh, cómo es grande, grande, infinitamente grande el amor de Dios!

«Para destruir el pecado, por medio del sacrificio de sí mismo»

(Hebr. 9, 26)

30. El mundo estaba todo en tinieblas y en guerra: era un mar inmenso de indignación contra mí. Me sentía atacada y herida por todos, pero el corazón amaba tanto que, iba a dar la vida, para quitar a todos los que me herían de las tinieblas.

31. En todo el día, no podía desviar mi espíritu del Huerto. Pero una vida dentro de mí, suprema, suvizaba mi dolor. Esta vida tenía dentro de sí, la

visión y el recuerdo de haber descendido a la tierra, enviada por el Padre Eterno.

32. Me ofrecí por Su amor, para pagar la deuda de la humanidad. Mi voluntad era Su divina Voluntad, mía era Su vida, mío era Su amor.

33. La voluntad firme y completa de cumplir la voluntad del Altísimo fue lo que suavizó el dolor de este día, que no me parecía ser sólo de un día, pero sí de muchos años. Hablaba, caminaba, trabajaba con el mundo en el corazón.

«¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Tú que matas a los profetas!»

(Mt. 23, 37)

34. De mi corazón, salían las más dulces y tiernas miradas hacia la ciudad; eran miradas llenas de llamadas, miradas de compasión. Pero, lo que iba a salir de allí, ¡qué indignación contra mí!

35. Lloré, lloré, o mejor, lloró mi alma. Mis lágrimas eran lágrimas de padre. Eran una incesante invitación al arrepentimiento. Era la hora de la gracia, que no regresa.

36. Yo veía todo lo que la ciudad iba a ser para mí. Y lloraba por lo que me esperaba y por lo que ella no aprovechaba la hora de gracia que le era dada. Yo encubría el dolor, pero ella (mi alma) lloraba y cubría la humanidad entera. Penetraba todo y en todos los corazones.

“Judas fue a hablar con los sacerdotes y los oficiales sobre el modo de entregarles a Jesús» (Lc. 22, 4)

37. Sufrió mucho mi alma con la visión de Judas de puerta en puerta arreglando la venta de Jesús. Sus ojos y cabellos ya parecían del maldito del infierno. Dentro de mí estaban los ojos divinos de Jesús que acompañaban a Judas en todos los pasos que daba, para esa cruel traición, eran puñales que se clavaban en el Corazón divino de Jesús y duras y negras cuerdas duramente lo ceñían.

38. Sentí su desesperación. Esa desesperación estaba en mí, pero no era mía, porque mi alma estaba resignada y sentía paz. Aquella pavorosa desesperación crecía con el mundo, envolvía al Cielo, me mostró los sufrimientos del Huerto, los sufrimientos de Jesús, todo lo que Él sufrió por nuestro amor. Entonces Jesús me hizo comprender claramente que esa desesperación era por Judas y avivó todos los sufrimientos de su sagrada Pasión.

«Para quitar los pecados de todos los hombres»

(Hebr. 9, 28)

39. Empecé a ver y a sentir una luz brillante, era la vida del Cielo, que cubría y se envolvía con la Tierra. Era Jesús que venía a sufrir.
40. Me parecía ver aparecer del Cielo, unos rayos de sol, que daban vida a la Tierra, y la iluminaban de tantas tinieblas que la tenían sumergida. Contra este sol venían nubes negras, que asustaban y lo cubrían. Me parecía que tenía a Jesús dentro de mí contemplando, quitándole al sol esas nubes formadas por todas las maldades, y que intentaban cubrirlo. Jesús se lanzaba a las nubes para abrazarlas, aunque asustado con ellas, Su divino cuerpo se cubría de sudor y sufría soledad.
41. Él miraba el mundo, gemía, suspiraba, derramaba sus lágrimas sobre él. Tenía que venir y quería venir ahora, ser la misma masa, sumergirse en el mismo lodo, y tenía miedo: era como echarse al fuego para ser quemado. Su divino amor era tanto: Lo obligó a unirse a nosotros, a revestirse de nuestras maldades. ¡No lo puedo decir, no sé decir la unión de Jesús, la unión de la Pureza junto al lodo inmundo!
42. De tiempo en tiempo miraba al Cielo y bendecía a su Padre Eterno.

« Soy un gusano y no un hombre »

(Salmo 21. 7)

43. Ya que cayó la tarde, sentí como si me quitaran mi hermoso vestido, que me daba gracia y belleza, y que me vistieran un vestido mundial, que me convirtió en escándalo de toda la gente, de tal forma era la podredumbre de que estaba hecho.
44. Sentí como si se sumara a mí toda la maldad humana, todo entró en mí y yo era el mundo.
45. ; Me parecía haber venido del Cielo y transformarme en un gusano de la tierra. En esta transformación yo era un gusano asqueroso, podrido, carcomido, caminando, minando siempre toda la tierra inmunda.
46. me causó tal tormento que no sabía como resistir.
47. Comenzó mi corazón a arder, y sobre este fuego abrasador cayó un mundo de miserias, traía con él toda la maldad y el furor infernal. Sobre este mundo vino el Cielo. Se trabó una lucha, una gran guerra: el Cielo contra la Tierra, la Grandeza contra la nada, la Pureza contra la lama.

48. El Cielo descendía sobre la tierra, muerta por el pecado, muerta por todos los vicios. Parecía que todo el firmamento se deshacía en fuego. ¡Dios mío, qué revuelta! Sentía que las almas no temían a Dios.

«Él es el mediador de una Nueva Alianza» (entre Dios y los hombres)

(Hebr. 9,15)

49. ¡Toda la justicia del Cielo cayó sobre mí!

50. El Cielo parecía repelerme, no me quería coger, dentro de mí había una fuerza, que no quería terminar de sufrir. Abría los brazos para abrazar la inmensidad de aquel dolor y sumergida, quería dar la vida a la Tierra, quería darle luz.

51. Comencé a sentir vivamente en mi alma la revuelta del Cielo contra la Tierra. Tenía que reconciliarlos, yo tenía que ser reconciliado y al mismo tiempo, dar una nueva vida. Yo era podredumbre y tenía que apagar esa misma podredumbre con mi sangre. Yo era nada, y al mismo tiempo estaba en las alturas, era la vida misma y era la misma justicia de Dios.

52. La maldad del mundo fue subiendo, subiendo, llegó al Cielo, desafió a la justicia divina, rechazó el amor.

53. Para mí todo el desprecio, de la Tierra y del Cielo.

«Deseo ardientemente comer con ustedes esta cena pascual»

(Lc 22, 15)

54. Mi alma ve a mi sangre correr por todo el mundo y es despreciada y pisoteada. Mi carne es comida por la humanidad y después es vomitada. ¡Qué grande horror! Sería mejor ser comida por las fieras.

55. Fuego nuevo se enciende en mi corazón. Tengo ansias infinitas de darme, de ser Hostia para alimento y Sangre para bebida.

La Cena Pascual

Vayan a preparar lo necesario para que comamos el cordero pascual

(Lc. 22, 8)

1. Al caer la tarde, la gran Cena del amor. Amor que recibió una gran ingratitud.

2. Veo los ánimos y cuidados con que se prepara la Cena: veo que va a ser la Cena del amor, de las maravillas, como ninguna otra lo será jamás.

3. Siento que Jesús va dando sus órdenes a los suyos y pasando de paso a paso, mira con su divina mirada a la Ciudad ingrata, al Huerto de tanta amargura, al Calvario que le espera.

«Se sientan los apóstoles con Él a la mesa»

(Lc. 22, 14)

4. Subí con Jesús y con los apóstoles a la gran sala donde fue realizada la Cena. Cuando subía la escalera, sentía que Jesús iba deseoso por comer con sus discípulos aquella Cena.

5. Pero antes de comenzar la ceremonia veo a la Madrecita loca de dolor, llorando, con los cabellos desarreglados. Jesús le hace comprender que pocas horas después Ella iría, así en ese estado, a Su encuentro en las calles de la amargura.

6. Fue grande el dolor de Su divino Corazón con la visión de las lágrimas de su Madrecita.

7. Vi sentarse a la mesa, a Jesús junto con sus apóstoles. Y al sentarse dijo para sí su divino Corazón: *«¡Manjar divino: la Cena de mi amor!»* Todo el aposento se iluminó y todos los apóstoles quedaron embebidos en aquel amor que Jesús irradiaba por sus divinos ojos, labios y todo su ser, porque todo Él era amor.

8. Jesús era amor, amor, sólo amor; amor para enfrentar la maldad y la ingratitud. Judas, ya no era Judas: se veía en él a un verdadero demonio.

9. Quedó grabada en mi corazón, la mirada penetrante del discípulo malo.

10. Desesperado, con el fuego infernal y el demonio dentro de él, ya no recibió el amor de Jesús.

«¡Vean la mano de áquel que me va a entregar, está conmigo en la mesa!»

(Lc. 22, 21)

11. Vi a Judas en la mesa, pero estaba un poco alejado.. Con la quijada trabada, los ojos iracundos y los cabellos erizados: ya no parecía un hombre, sólo se veía en él una desesperación infernal.

12. Leer los malos instintos en el corazón de Judas fue doloroso y escalofriante, su falsedad con Jesús y sus miradas venenosas al contemplarlo.

Judas miraba a Jesús con maldad y Jesús con dulzura y bondad para invitarlo hacia Él.

13. Jesús le ofrecía su Corazón y quería abrazarlo.

14. ¡Qué dulce invitación a un corazón de piedra, a una roca que no se mueve!

15. Dos cuadros tan diferentes: una traición sin igual y un amor sin igual. ¡Cuántas invitaciones,

llenas de dulzura, hacia esa traición! El traidor se resiste, no se rinde, no se siente bien al pie del Corderito, víctima inocente.

16. Tenía dentro de mí, grabados en mi alma, dos miradas: la de Jesús y la de Judas. ¡Qué diferencia! La de Jesús, tierna y derramando amor. La de Judas, fija y desesperada. Tenía también en mi alma dos corazones: el de Jesús, lleno de bondad y de santas invitaciones, el de Judas, lleno de rencor y odio.

17. Viene la traición, la venta de lo que hay más bello e inocente, la entrega, la falsa entrega.

18. La amargura de mi alma no podía ser más grande.

«Después puso agua en un balde y comenzó a lavar los pies a sus discípulos»

(Jn. 13, 5)

19. Lo vi tomar en sus divinas manos un balde grande, redondo, ceñir al cuello una toalla y enseguida, lavar los pies.

20. Sentí a aquel a quien le causaba mucha impresión que le lavaran los pies. Una mirada y pocas palabras. Hasta se disponía, si fuese preciso, a lavarle todo el cuerpo.

21. No sólo los lavaba, su divino Corazón se bajaba tanto, que hasta los quería besar. Yo sentía que Jesús con su espíritu los besaba. ¡Qué lección para mí! ¡Qué humildad la de Jesús!

22. Aprendí a ser pequeñina. Jesús, el Señor de todo, se hizo el más pequeñino, en medio de los apóstoles, los amaba tanto, tanto.

23. Ah! Si pudiese explicar todo el amor, toda la bondad y ternura de Jesús, cuanto bien le haría a las almas, pero no sé hacerlo mejor.

24. Jesús daba su divino Corazón a cada uno de sus discípulos, les daba su divino amor en rayos luminosos, como el sol al aparecer en el horizonte. Todos los discípulos lo recibían y se dejaban iluminar, pero Judas apenas se quedó y rehusó su brillo y su luz.

«Toman y coman, esto es mi cuerpo... beban todos de él, porque ésta es mi sangre ...»

(Mt. 26, 26-72)

25. ¡Qué noche, qué santa noche! La mayor de todas las noches. La noche de mayor milagro, del mayor amor de Jesús. Su divino Corazón estaba preso en aquellos que le son tan queridos. Para poder partir, tenía que quedarse entre ellos, para subir al Cielo, tenía que quedarse en la Tierra, así se lo pedía su amor divino.

26. Sufrimiento amado, ¿quién te comprenderá?

27. ¡Quisiera que todos conocieran el misterio del pan y del vino transformados en Cuerpo y Sangre del Señor! ¡Milagro prodigioso! Abismo insondable de amor. A pesar de ser estrujada por él, no lo comprendo como para poderlo explicar, sólo lo sé sentir, y sólo en el Cielo lo comprenderé.

28. Vino el dulce Jesús a bendecir el pan.

29. Quisiera saber decir, poder mostrar, la mirada que Jesús levanto al Cielo, en el momento de la bendición.

30. Con los ojos puestos en el Cielo, en llamas de fuego, oró a su Padre Eterno.

31. Vi su rostro tan inflamado, que parecía tener en Sí la vida del Cielo, más que una semejanza nuestra, no parecía hombre, sino sólo Dios, amor, sólo amor.

32. ¡Qué encanto! Su santísimo rostro era luz, parecía que sólo el fuego lo rodeaba, con sus encantadores ojos fijos en el Cielo y con una dulce sonrisa bendecía el pan, que poco después distribuía a todos.

33. ¡Fue tal la luz, tal el amor que nos embebió a todos, a los apóstoles y a mí!

34. Y en aquel momento de amor y maravilla sin igual, sentí que el mundo era otro. Jesús se daba en alimento y partía para el Cielo, y aquí se quedaba su amor que se extendió por toda la humanidad.

«Quien come mi carne y bebe mi sangre queda en Mí y Yo en él»

(Jn. 6, 56)

35. ¡Qué escena tan conmovedora, qué escena de amor, sólo de un Dios! Es la Eucaristía, Dios mío, que maravilla, cuando Jesús la instituyó.

36. Nunca sentí tan vivas las ternuras y el amor de Jesús con sus discípulos. Todos los discípulos comulgaron de las manos de Jesús, abrasados de amor. He de decir que Judas también comulgó. Estaba más apartado, Jesús extendió Su divina mano para el lado de él, con el Manjar celeste.

37. Judas después quedó como un condenado del infierno, tal era su desesperación

38. Jesús hablaba siempre con la misma dulzura y con sonrisa maga.

39. Y los apóstoles se llenaron de Jesús, más que nunca en esa hora, se inflamaron de amor y llegaron a comprender todo cuanto Él les decía.

40. En la sala de la Cena, experimenté por algunos momentos, la grandeza de Su amor, grande como el Cielo y la Tierra, grande como la misma grandeza de Dios.

41. ¡Cómo Él amó, cómo Él ama! Sus deseos son que vivamos de Él y para Él.

42. La Madrecita, compartía todo esto, un poco alejada, pero presente.

Después de que Judas terminó de comer, salió inmediatamente

(Jo. 13, 27-30)

43. No sé como yo era el alimento, yo era la Hostia.

44. Mi corazón era el cáliz, era el vino, era el pan. Todos venían a comer y a beber de este cáliz. De allí en adelante, toda la escena sería renovada. Pero, qué horror lo que vi, tantos Judas que comían y bebían indignamente. Qué lenguas tan sucias. Pero lo más horroroso, manos indignas distribuían este Pan y este Vino, manos indignas, corazones llenos de demonios, ¡Qué horror, qué horror de muerte! Sentí tanto dolor, que de dolor y de horror parecía rasgarse mi alma y despedazarse mi corazón.

45. Sentí también dentro de mí la lengua de Judas, lengua que ardía de fuego infernal, después de que comió el Pan y bebió el Vino bendecido por Jesús.

46. Judas, inmediatamente, salió con el saco del dinero, para irlo a vender.

47. Huyó desesperado, para vomitar aquella Cena celeste, que le había sido dada por Jesús. Y continuó su traición.

“Vos seréis mis amigos... todo cuanto oí a mi Padre os lo doy a conocer»

(Jo. 15, 14-15)

48. Toda la asistencia quedó en paz y amor.

49. ¡Convivio de gran intimidad! Las conversaciones son muy animadas.

50. ¡Qué conversación de tanta sabiduría y paz!

51. Quisiera poder hacer sentir a todos los corazones lo que es el amor de Jesús para el alma que verdaderamente lo ama.

52. Sentí el amor de Juan cuando se inclinó en su santísimo pecho y el amor que, en aquel momento, Jesús le hizo sentir.

53. ¡Cómo se unieron tan dulcemente el Corazón divino de Jesús y el corazón del discípulo amado! Jesús se consolaba en Su discípulo y éste en su Maestro. Esta unión suavizó el dolor angustioso de Jesús.

54. Sentí que el dulce Amor gozaba y sufría amargamente. En aquellos momentos, muy concentrado, en profundo silencio, vino todo el Huerto y el Calvario. Y sobre Él cayó como fiera furiosa toda la humanidad.

Se despide de su Madre

55. Siguió la despedida de Jesús y su Madrecita: fue una despedida muy dolorosa. Sus santísimos Corazones quedaron aniquilados de dolor.

56. Sentí como si la Madrecita besase y abrazase por última vez a Jesús. ¡Qué triste fue la despedida! ¡Qué dulzura, la de ella! Oh, ¡Cuánto se amaban esos Corazones!

57. Unieron sus rostros santísimos y sus labios. Quedaron sus inocentes Corazones más unidos para el dolor.

58. Se unieron sus divinos Corazones y sus rostros. Se unieron sus amores para nunca más separarse. Lloraban sus almas.

59. Jesús la besó y fue un beso de despedida. Dejó en el Corazón de la Madrecita unos rayos de fuego: eran prisiones de amor que los dejaron siempre unidos. Jesús fue para el Huerto y también se quedó con la Madrecita. La Madrecita se quedó y fue con Jesús.

«Jesús salió para el Monte de los Olivos»

(Lc 22, 39)

Dos corazones unidos en el amor y en el sufrimiento

1. Mi alma vio a Jesús, descendió y fue para el Huerto.

2. Vi y sentí a la Madrecita, descendió por la escalera, envuelta en un manto, con los ojos llenos de lágrimas ve irse Jesús a lo lejos.

3. ¡Qué triste separación! ¡Qué dolor el de Jesús al despedirse de la Madrecita! Él bien sabía que Ella, pocas horas más tarde, querría abrazarlo, tomarlo en sus brazos, curarle las heridas, y no podría, ni siquiera confortarlo un poco con sus dulces palabras de Madre.

4. Jesús, un poco más alejado, la miró nuevamente, como para darle un último adiós. Ella miraba a su Jesús desde la escalera. Él desapareció, pero quedaron siempre unidos.

5. Por Jesús vi sus miradas dolorosas, al ver Su santísimo Corazón. Lo seguía y adivinaba lo que Él iba a padecer. ¡Qué unión de dolor y de amor era la de aquellos dos Corazones!

Va para la soledad, abrazando todo el sufrimiento

6. Siento que todo me huye. Voy a quedarme sola en el Huerto, en mi gran agonía.

7. Huyo hacia la soledad, para poder llorar, en silencio. Oh, ¡Cuántas lágrimas de perdón!

8. A cada paso que daba, eran montañas las que caían sobre mí.

9. De paso a paso, sentía como si parase para descansar: su alma estaba fatigada.

10. Todo el camino fue espinoso: grandes varas entrelazadas de espinas herían mi cuerpo. Las ansias y la sed de amor se extendían para todo el mundo, y la recompensa a ese amor, fueron espinas, tan vivas y penetrantes,

que me penetraron en el corazón. Las llamas de amor que salían, avanzaban a las espaldas, subían a las alturas.

11. Reforzada con esfuerzos interiores, esfuerzos del alma, caminé para el Huerto.

12. Mi alma caminó para el Huerto, arrasada de amor, en aquel estrecho abrazo del corazón con todo el sufrimiento.

«Voy a morir por ti»

13. Jesús, lleno de mansedumbre, con su mirada divina veía a lo lejos, allá en el fondo, de casa en casa, veía a Judas contratando su venta, que en su brazo llevaba el saco del dinero. Jesús veía todo, pero nada le decía a sus apóstoles.

14. Lloraba escondido, lloraba de dolor.

15. Caminaba al frente de los apóstoles, triste y silencioso. Vi también que los apóstoles no se preocupaban ni sufrían por lo que iría a acontecer; estaban llenos de cansancio.

16. Estos, más hartos que nunca, con toda tranquilidad, seguían a su Maestro.

17. Seguían cansados por las grandes maravillas y cosas que habían visto y oído de Jesús. El viaje fue silencioso, en aquel silencio, ¡Cuántas cosas les decía Jesús! Cómo les amaba y les hablaba en aquel silencio su divino Corazón, tan oprimido por el dolor y por el cansancio.

18. Mientras jadeante caminaba, por todo Su santísimo cuerpo corrían gotas de agua.

19. De tiempo en tiempo, miraba para atrás, hacia la Ciudad que quedaba en el fondo. Su mirada divina veía todo, a pesar de que estaba oscuro. Y del Corazón salía esta dulce quejumbre: *«No miro tu ingratitud, voy a morir por ti»*

20. Se abismó en el sufrimiento, recogió de su divino Corazón toda la ingratitud y la maldad que vio allí. Aquel abismo de odio y de dolor lo condujo al Huerto, y esto me condujo a mí.

Alejandrina participa con Jesús en los dolores de la Virgen SS.^{ma}.

21. El Corazón divino de Jesús se sentía humillado por la humanidad. Y junto al de Él, con el mismo sufrimiento, estaba el de la Madrecita. Yo sentía como si el Corazón de Ella, volase hacia Jesús y sentía que la violencia del dolor, arrastraba todas las venas de Su cuerpo.

22. Camino al Huerto, pasaron por mi corazón los suspiros y las lágrimas de la Madrecita, yo la veía, no con los ojos del cuerpo sino con los del alma, en el patio del aposento de la Cena, veía como lloraba amargamente en su dolor, con Su santísimo rostro entre las manos.

23. Sentía como si llevase dentro de mi corazón a la Madrecita dolorosa, como en otro tiempo, Ella había llevado en su vientre purísimo a Jesús. Mi

corazón era el sagrario que la recibió, con sus dolores, así como Ella fue el sagrario que recibió a Jesús, con toda Su vida divina y humana. ¡Con qué recogimiento yo la llevaba!

24. Jesús ya iba a llegar al Huerto y Ella seguía llorando. Jesús veía y sentía las lágrimas de Su bendita Madre.